

BOLETÍN DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LETRAS

ACADÉMICO MILTON STELARDO

13 de julio de 1918 - 23 de diciembre de 2001

Tomó posesión de su cargo de académico
de número el 25 de julio de 1991.

A través de las frases que podamos hilvanar en estas circunstancias de honda congoja, la Academia Nacional de Letras cumple el dolido deber de acompañar en su adiós final a su académico de número don Milton Stelardo. Deber que nace en la consternada circunstancia en la que nuestra institución queda huérfana de una presencia, valiosa por el invalorable aporte de criterio amplio y lúcido, generosa en el juicio siempre confiable para el mejor obrar en el asunto que fuere. Vale anotar que, asimismo, nos deja la pesadumbre de su falta en el ámbito creativo literario, donde labró surco fecundo de altos valores. Pero en esta que fue su tierra, seguramente, se entenderá mejor y claramente que son sus atributos personales, volcados en el trato cordial de un quehacer compartido, en cauces de simple y cálida relación de amistad, los que empapan más estas palabras, con las que despedimos al amigo don Milton Stelardo.

Fragmento de las palabras pronunciadas
por el presidente de la Academia Nacional de Letras
D. José María Obaldía, con motivo de la desaparición física
del académico Milton Stelardo.

En la inmediatez de su fallecimiento don Milton Stelardo mantenía como único medio comunicativo, la posibilidad de escribir en su lecho sobre una pizarra con trabajosas letras de imprenta. Así logró culminar el que sería su último cuento, que hoy publicamos en su homenaje.

LA HORA INCIERTA

*“Las ciudades y las playas son
internacionales. Sólo el
campo es nuestro”.*
M.S.

Se llamaba Artemio.

Era un mozo de cabeza hundida entre los hombros, por consiguien-
te, cuello corto. Además tenía el pelo renegrado, que nacía lacio desde
la cercanía de las cejas. Debía tener algún atractivo tal vez...

No tenía paz casi con nadie.

Discutió agriamente con un hermano dónde debía ir el lápiz de las anotaciones diarias. La madre que los oyó dijo:

—Vaya a saber dónde irán a parar los huesos de este hijo tan peleador.

Y quien la sintió exclamó como para sí:

—¡Pucha, vieja agorera!

Entonces empezó una lucha con la madre misma.

Por oposición, Laura, una francesita pálida y sonriente, no se enojaba. Arreglaba todo con una sonrisa. Cedía y otorgaba siempre.

Pese a lo contrario de sus genios, se casaron. La tarde de primavera en que ellos contrajeron matrimonio era deliciosa. Un perfume fresco recorría los campos.

Artemio decidió visitar a los vecinos y en casa de uno de ellos, Daniel, encontró a Laura y la observó. No le gustó. Lo juzgó una ofensa para su dignidad de marido.

Después la halló varias veces en casa del mismo. La última, durante los arreglos del cable de UTE.

Artemio encontró a los funcionarios de UTE y para adaptarse a su modalidad tuvo que trabajar con un cachete pegado a la pared del fondo. Se puso en línea recta en medio de Daniel y Laura y le apoyó a este, la punta de su cuchilla recién afilada en el espacio que forman la segunda y tercera costillas de la izquierda. La aplicó con toda la fuerza y vertical al pecho, hasta la introducción de la hoja en la carne.

La víctima iba a gritar pero no pudo. La cuchilla en el pecho le impidió emitir sonido alguno. Cayó al piso. La sangre borboteó en la cuchilla y no dejó que pronunciara ninguna palabra.

Laura, que vestía una pollera azul oscuro de sarga tableada y blusa de seda blanca, iba también a gritar pero el hombre de voleo la degolló. La sangre salpicó los cuerpos. Artemio demoró alrededor de quince minutos en ir desde el lugar del hecho hasta los portones cerrados del prado. Iba completamente inconsciente y así continuó hasta pasar los pabellones de hormigón y de varillas, y los bares.

Tangente al confin, la luna llena muriente estiraba sobre el campo escuálidas sombras espectrales.

Algo de esto dijo Artemio al rebasar los fogones del fondo.

El resto lo absorbió el amanecer.

Los cadáveres se enfriaron. El de ella, bruces al suelo formando escuadra casi perfecta con el de Daniel. Las caderas de este, también caído, cara al suelo.

La madre de Laura llegó hasta el lugar del hecho alrededor de dos horas más tarde; para recorrerlo con la frente estrujada entre las manos:

—¡Laura! ¡Laura mía!

—¿Qué te han hecho?

Nadie los había tocado. Estaban intactos.

No había tampoco ningún indicio de excitación sexual.